

volverán á rizar esos magníficos bucles. ¡Qué bajo relieve es este que adorna tu escudo? ¡Venus recibiendo á Psiquis en la morada de los dioses!... ¡Ah! ¡A estas horas ya habrás descubierto cuanto hay de verdad en las alas de Psiquis! ¡Cómo sé yo eso? Y sin embargo, ¿por qué, á pesar de mi sentido comun [si tengo alguno], te estoy hablando, á tí, y amándote, y compadeciéndote, si eres nada ahora, y probablemente siempre lo has sido? ¡Bran! ¿qué derecho tienes de compadecerle sin dar tus razones en debida forma, como hubiera hecho Hipatia? Perdóname, jóven... pero, existas ó no, me es imposible dejar ese collar que cuelga sobre tu pecho, para que esos lobos que andan por ahí lo conviertan en aguardiente.”

Diciendo así, se inclinó y quitó, con bastante suavidad, al guerrero un magnífico collar que le servía de adorno.

“No lo quiero para mí, te lo aseguro. Como la manzana de oro de Até, *detur digniori*. ¡Ven aquí, Bran!”

Y ató las joyas alrededor del pescuezo de la perra, la cual, envanecida con tal carga, saltó y se puso en marcha ladrando, en dirección de Ostia, por el

mismo camino que habían traído hasta allí, viniendo del mar. Rafael la siguió, sin cuidarse de saber adonde, y entre tanto continuó hablando consigo mismo en voz alta, como acostumbran las personas de mal humor y fuertemente excitadas.

...“¡Y el hombre decanta su dignidad, su inteligencia, su celeste parentesco, sus aspiraciones á lo invisible, á lo hermoso, á lo infinito... á todo lo que no se le parece!... ¡Qué pruebas tiene de ello! Sin duda los infelices que yacen en estos contornos son perfectos modelos de humanidad. ¡Y qué aspiraciones hácia el infinito han tenido desde que nacieron, como no sea á beber vino infinitamente? Comer, beber; destruir cierto número de su especie; reproducir cierto número de seres de la misma, cuyas dos terceras partes mueren en la infancia, causando mortal pena á sus madres y gastos á sus padres putativos... Y luego... ¿qué dice Salomón? Lo que les sucede á ellos, sucede también á los irracionales. Como uno muere, así muere el otro, todos respiran lo mismo, y el hombre no tiene ninguna preeminencia sobre el animal, porque todo es vani-

dad. Todos van á parar á un sitio; todos son de polvo, y vuelven á ser polvo. ¿Quién es el que sabe que el aliento del hombre sube, mientras el de la bestia baja hácia la tierra? ¿Quién, sapientísimo antepasado! No soy yo, ciertamente. Rafael Aben-Ezra, ¿en qué eres tú mejor que una bestia? ¿Qué preeminencia tienes, no meramente sobre esta perra, sino sobre las pulgas á quienes con tal jactancia maldices? Al hombre le cuesta mucho la casa, la ropa, el fuego... lo que es una excelente prueba de su sabiduría, cuando la pulga, sin ningun trabajo por su parte, sabe aprovecharse de mi sábana mucho mejor que yo. El hombre hace ropas, y la pulga vive en ellas... ¿quién es mas sabio de los dos?...

“Pero... el hombre está caído... ¡Bien! y la pulga no. Tanta mayor ventaja tiene sobre el hombre, porque es lo que fué hecha, y llena la verdadera definición de la virtud... lo cual no podemos decir igualmente nosotros. Y si el antiguo mito fuese cierto, y el hombre hubiese caído por querer elevarse en sus obras mas que la pulga, eso probaria que no era capaz de ellas.

“Pero ¿sus artes y sus ciencias?... El sonido de los cascabeles de esos niños grandes me hace daño... Un asno presuntuoso en una generacion, cuyo trabajo y disgusto crecen sin cesar, y que concluye por morir como mueren los locos; y diez millones de brutos y esclavos, justamente donde lo fueron sus abuelos y donde lo serán sus hijos y nietos, hasta el fin de la farsa... Lo que ha sucedido es lo mismo que sucederá; y nada nuevo hay bajo el sol...

“En cuanto á vuestros palacios, ciudades y templos... ¡Contemplad esta Campiña y judgad!... Las picaduras de pulgas desaparecen al cabo de un rato... y lo mismo les pasa á ellos. ¿Son acaso mas que las hinchazones que nosotros, pulgas humanas, hacemos en la piel de esta vieja tierra?... ¿Hacemos? No; causamos meramente, como las pulgas causan las picaduras... ¿Qué son todas las obras de los hombres, sino una especie de desorden cutáneo en el cuero enfermo de la tierra, y nosotros una raza de pulgas grandes, que corremos por entre su piel, á la cual llamamos arboles? ¿Por qué no seria la tierra un animal? ¿Cómo sé yo que no lo es? ¿Por qué es de-

masiado grande? ¡Bah! ¿qué es grande y qué es pequeño? ¿Por qué no tiene la forma de un animal?... Mirad dentro de la red de un pescador, y ved qué formas hay allí. ¿Por qué no habla?... Quizá no tenga que decir, estando demasiado ocupado. Quizá no pueda hablar con mas juicio que nosotros.... En ambos casos, muestra su sabiduría, refrenando la lengua. ¿Por qué se mueve en una direccion necesaria?... ¿Cómo lo sabeis! ¿Podeis asegurar que en este momento no está jugueteando con todas las siete esferas á la vez? Y si lo hace.... tanto mayor es su sabiduría, si esa es la direccion que mas le conviene. ¡Oh! ¡Es una baja sátira de nosotros y de nuestras ideas sobre lo hermoso y lo adecuado, decir que una cosa no puede estar viva y ser racional, justamente porque sigue uza senda con firmeza, en vez de vagar de un modo fantástico sin método ni orden, como nosotros y las pulgas, desde que nacemos hasta que morimos! Además, si concedeis, con el resto del mundo, que las pulgas son menos nobles que nosotros, porque son nuestros parásitos, habreis de conceder que nosotros somos menos nobles que la tier-

ra, porque somos sus parásitos.... Positivamente, esto parece mas probable que nada de lo que he estado considerando por muchos dias.... Y, sea dicho de paso, ¿por qué los terremotos, las inundaciones y las pestes, no serian otros tantos medios con que cuenta el viejo y sabio animal para rascarse, cuando las pulgas humanas, y sus palacios y ciudades le molestan demasiado con sus picaduras?"

En una vuelta del camino le sacó de esta provechosa meditacion un grito, que por lo agudo conoció lo habia lanzado una muger. Levantó los ojos y vió cerca de él, entre las humeantes ruinas de una casa de campo, á dos fascinerosos que se llevaban á una jóven, con las manos atadas atras, mientras que la infeliz dirigia su vista hácia las ruinas, como si dejase algo querido allí, y luchaba en vano, sujeta como estaba, por librarse de aquellos dos hombres y retroceder.

"Conducta injustificable en pulgas. ¡Eh! ¡Bran! ¿qué piensas de esto? ¿Por qué no scria una buena suerte para ella esa captura, si tuviese la tranquilidad de espíritu suficiente para conocerlo?"

Pues, en último resultado, ¿qué le sucederá? Que será conducida á Roma, donde se la venderá como esclava.... Y prescindiendo de unos cuantos disgustos que ocasionará el traspaso, y la preocupacion con que algunas personas se resisten á permanecer una hora en el mercado con las menos ropas posibles, acabará probablemente por estar mucho mejor alojada, alimentada, adornada y festejada segun el deseo de su corazon, que las noventa y nueve de sus cien hermanas pulgas.... hasta que empiece á ponerse vieja.... lo que ha de suceder si no muere antes... Y si no ha hallado medio de conseguir que su amo le devuelva la libertad, y no ha reunido algunos ahorros en todo ese tiempo... la culpa será suya. ¡Eh, Bran?"

Pero Bran disentia completamente de su amo en aquel caso; porque despues de haber estado observando á los dos bribones uno ó dos minutos, con la cabeza inclinada á un lado, se arrojó sobre ellos, repentina y silenciosamente, como acostumbran los mastines, y derribó á uno en tierra.

"¡Oh! esto es, como dicen en Alejandria, "oportuno y bello" en el caso pre-

sente. Bien.... obedezco. A lo menos tus lecciones son mas prácticas que lo que fueron nunca las de Hipatia. ¡Quiera el cielo que no haya algunos pícaros mas en las ruinas!"

Y precipitándose sobre el segundo ladrón, le dejó muerto de una puñalada, yendo en seguida hácia donde Bran tenia al primero cogido por la garganta.

—¡Misericordia! ¡Misericordia! esclamó el miserable. ¡La vida! ¡Concédeme la vida!

—A media milla de aquí me suplicaba otro que le matase; ¿á cuál de vosotros dos deberé complacer?... porque es imposible que ambos pidais con justicia.

—¡La vida! ¡Concédeme la vida!

—Es un apetito carnal, que es preciso aprender á vencer, dijo Aben-Ezra levantando el puñal.

En un momento todo estuvo consumado, y Bran y él se separaron de aquel sitio.... Pero ¿dónde habia ido la jóven? Hácia las ruinas; Rafael la siguió, y entretanto Bran corrió á prodigar sus maternos cuidados á los perrillos, que aquel habia colocado sobre una piedra.

—¿Qué buscas, pobre niña? preguntó

Rafael á la jóven en latin. No te haré el menor daño.

—¡A mi padre! ¡a mi padre!

—Aben-Ezra le desató las manos; y ella, sin detenerse á darle gracias, corrió hácia un monton de piedras y de vigas caidas, y empezó á cavar con todas sus pequeñas fuerzas, llamando sin cesar á su padre.

“¡Tal es la gratitud de una pulga á otra pulga! pensó Rafael. ¿Por qué la mera costumbre de llamar á uno padre, y no amo ó esclavo, ha de producir una pasion de esta clase!... ¡Hábito brutal!... ¡Qué servicios puede el mencionado hombre hacer ó haber hecho, que merezcan?... ¡Aquí está Bran!... ¡Qué juzgas tú de esto, filósofa mia!”

Bran se echó y observó tambien. Las tiernas manos de la jóven estaban llenas de sangre, á causa de las piedras, mientras que sus doradas trenzas caian sobre sus ojos y se enredaban en sus impacientes dedos, pero no por eso interrumpia su faena. Bran pareció comprender de repente el caso, y corriendo al monton de escombros, empenzó á cavar tambien con todas sus fuerzas.

Rafael se levantó, y encogiéndose de hombros, tomó parte en la obra.

—¡Malditos instintos animales! Sofocan mucho á uno. Pero ¿qué significa esto?

Un débil suspiro se oyó debajo de las piedras, descubriéndose en seguida un cuerpo humano. La jóven se precipitó, repitiendo á gritos el nombre de su padre. Rafael la quitó de allí con dólzura, y poniendo en accion toda su fuerza, sacó de entre las ruinas á un hombre de mediana edad y de buena presencia, con uniforme de oficial de alta categoría.

Aun respiraba. La jóven levantó su cabeza y la cubrió de besos. Rafael miró alrededor en busca de agua, y habiendo encontrado una fuente y un cántaro roto, humedeció las sienes del herido hasta conseguir que abriera los ojos y diera señales de vida.

La jóven estaba sentada junto á él, acariciando su recobrado tesoro, y bañando el rostro de su padre con sus lágrimas.

—Eso no me concierne, dijo Rafael. ¡Vamos, Bran!

La jóven se arrojó á sus piés, besó

sus manos, le llamó su salvador, su libertador enviado por Dios.

—Nada de eso, querida niña. Debes dar las gracias á mi maestra, la perra, no á mí.

Y ella le tomó por la palabra, y rodeó con sus tiernos brazos el pescuezo de Bran; y Bran la comprendió, meneó la cola y lamió el dulce rostro de la joven cariñosamente.

—¡Todo esto es de un absurdo intolerable! dijo Rafael. Tengo que marcharme, Bran.

—Imposible que quieras dejarnos. ¡Imposible que quieras dejar morir aquí á este anciano!

—¿Por qué no? ¿Qué mejor cosa pudiera sucederle?

—Ninguna, murmuró el oficial, que no había hablado hasta entonces.

—¡Dios mio! ¡es mi padre!

—¿Y qué?

—Es mi padre.

—¿Y qué?

—¡Debes salvarle! ¡Y le salvarás te digo!

Hablando así, cogió el brazo de Rafael con el imperio que le daba su pasión.

El se encogió de hombros, pero se sintió, sin saber por qué, inclinade á obedecerla.

—Lo mismo puedo hacer eso que otra cosa cualquiera, pues que no tengo que hacer nada. ¿A dónde iremos ahora?

—Adonde te acomode, respondió el herido. Nuestras tropas han sido derrotadas, nuestras águilas han caído en manos del enemigo. Somos tus prisioneros de guerra. Te seguiremos adonde nos lleves.

—¡Tal es mi fortuna! ¡Una responsabilidad nueva!—¿Por qué no he de poder moverme, sin animales vivos, desde pulgas arriba, apegados á mí? ¡No me basta tener nueve perrillos sobre mis espaldas, y en pos de mí un animal viejo; que persiste en salvar mi vida, sino que he de cargar también con un respetable anciano rebelde y su hija! ¿Por qué el destino no ha de concederme el limitar mis cuidados á mí mismo? Amigo, te devuelvo la libertad, á tí y á tu hija. El mundo es bastante ancho para que en él quepamos todos. No exijo ningún rescate.

—Pareces filósofo, amigo mio.

—¿Yo? ¡no lo permita el cielo! He caminado al través de ese cenegal, y estoy ya á la otra parte. Para arrojar de mí las últimas manchas de lodo, no he necesitado azufre ni exorcismos, sino tus soldados y su obra de esta mañana. La filosofía es inútil en un mundo compuesto de locos.

—¿Te incluyes tú también en ese número?

—Sin duda, buen anciano. No exceptúo á nadie. Si puedo de algun modo probarte mi locura, lo haré.

—Entonces ayúdanos á mí y á mi hija á llegar á Ostia.

—Excelente prueba. Bien. Mi perra parece haber tomado ese camino; y por otra parte, me pareces dotado de bastante dosis de imbecilidad humana para ser digno compañero mio. ¿Espero que no querrás pasar por sábio?

—¡Dios sabe que no! ¡No pertenezco al ejército de Heracliano?

—Es verdad; y esta jóven ha llegado á ser á tu lado una loca tan grande, que ha infestado hasta la perra.

—De ese modo seremos tres locos que partimos de compañía.

—Y como de costumbre, el mayor de

todos debe ayudar á los demas. Pero tengo ya en mi familia nueve perrillos. ¿Cómo podré llevaros á vosotros y á ellos?

—Yo me encargo de los perrillos, dijo la jóven; y Bran, despues de observar el cambio con ojos algo recelosos, pareció quedar conforme, y colocó alegremente su cabeza bajo la mano de la hija del herido.

—¿Eh? ¿Tienes confianza en ella, Bran? dijo Rafael en voz baja. De veras que voy á emanciparme de tus instrucciones, si exiges en mí semejante necesidad. Pero, allí anda vagando una mula sin dueño, y nada impide que nos sirvamos de ella.

Cogió en efecto la mula, montó en ella al herido, y se pusieron todos en marcha, dejando el camino real y tomando por una senda que, segun el oficial, que parecia conocer perfectamente el país, debia conducirlos á Ostia con seguridad.

—Si llegamos allí antes de ponerse el sol, estamos salvados, dijo.

—Y entretanto, añadió Rafael, la perra y este puñal, que, como tengo cuidado de avisar á todos, está delicadamente envenenado, se encargarán de librarnos de merodeadores. Sin embargo,

continuó hablando consigo mismo, “¿qué loco tan completo soy! ¿Qué interés puede inspirarme este rebelde ineircunciso? El menor mal será que, si somos aprehendidos, lo que sucederá muy probablemente, se me crucificará por haberle ayudado á huir. Pero, si nos salvamos... un nuevo lazo va á unirme á esas pulgas, á cuya compañía he preferido la miseria y el hambre. ¿Quién sabe cual será el fin de esto?... ¡Bah! Ese hombre será como todos. De seguro, antes que concluya el día, ó se mostrará ingrato, ó intentará hacer el papel de saltimbanqui-heróico, ó me proporcionará algun protesto para despedirme de él. Entretanto, no deja de haber mérito en el hecho de encontrar á una persona respetable, con una hija jóven además, bajo la direccion de ese loco de Heracliano; circunstancia que realmente me pone en la curiosidad de descubrir en qué variedad de pulgas debo clasificarle.”

Pero mientras Aben-Ezra discurría así respecto del padre, no podía menos de pensar en la hija, y mas de una vez sus ojos se fijaron en ella. Indudablemente la jóven era muy hermosa. Sus

tacciones no tenían la regularidad perfecta de las de Hipatia, ni su estatura era tan imponente; pero su rostro brillaba con una expresion de vigor y de alegría, de ternura y de modestia, que antes no habia visto unidas en un mismo semblante; y al verla caminar con paso firme y ligero al lado de su padre, recogiendo sus esparcidas trenzas mientras andaba, riéndose al sentir agitarse su ruidosa carga, y contemplando con júbilo el rostro del autor de sus dias, que se reponia gradualmente, no podia menos de mirarla una vez y otra, sorprendiéndose al hallar por respuesta la expresion franca de una gratitud, que estaba tan distante de la gazmoñería como de la coquetería. . . . “Es una señora, pensó Rafael, pero no de la ciudad, seguramente. En ella se ve la naturaleza. . . . ó alguna otra cosa, pura é inmaculada, sin ninguna de las adiciones y adornos humanos.” Y empezó á sentir un placer, que su gastado corazón no habia experimentado hacia mucho tiempo, solo en contemplarla....

—Positivamente se encuentra un gusto necio en conseguir que se sonrian otras pulgas. . . . ¿Qué asno soy! ¡como